

ARTURO ANDRES ROIG



PRESENCIA ARGENTINA DE RODÓ

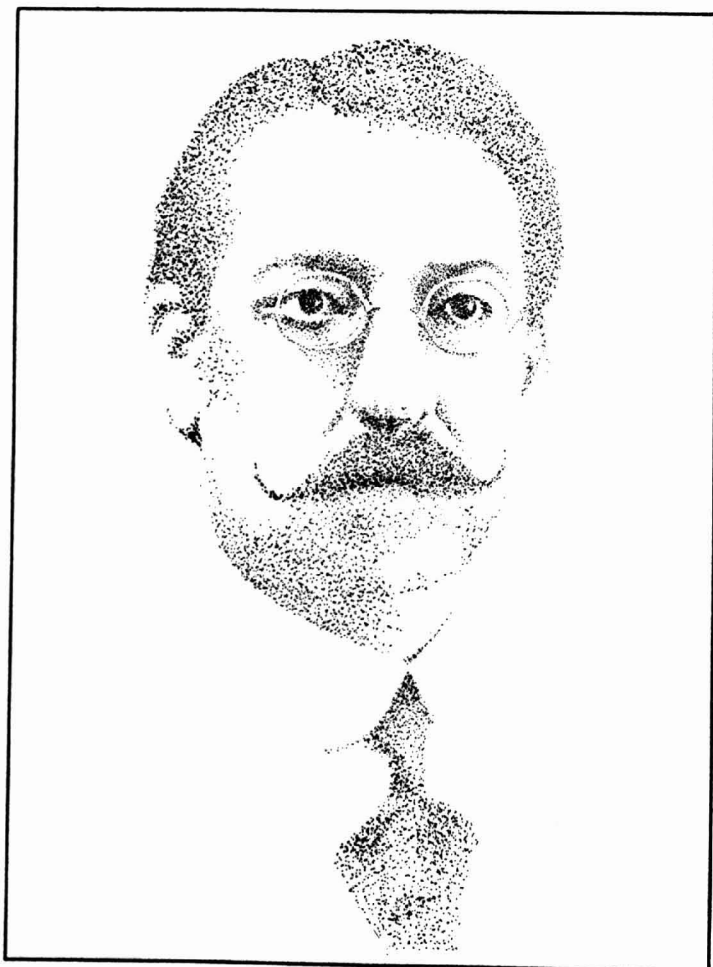
Con motivo de la muerte de José Enrique Rodó en 1917, el escritor argentino Alberto Gerchunoff, interpretando el sentimiento de muchos de sus connacionales, decía del pensador uruguayo que sus trabajos habían permitido la continuación de la vida en común de Argentina y Uruguay “cuya separación es meramente política, pues la antigua república rioplatense subsiste bajo algunos aspectos y el más firme es el de la literatura”. Rodó “se comunicó —continuaba diciendo— con nuestro espíritu como si hubiera vivido en Buenos Aires. Ningún problema de la civilización argentina dejó de interesarle, ningún fenómeno hondo de la vida colectiva del país se suscitó sin provocar su atención de pensador. En este sentido —terminaba— es tan argentino como uruguayo”.¹ No podría pues negarse una influencia de Rodó en el desarrollo del pensamiento y de la expresión literaria en los ambientes intelectuales de la Argentina finisecular y del novecientos. Esta influencia es lo que ahora nos interesa en alguna medida determinar.

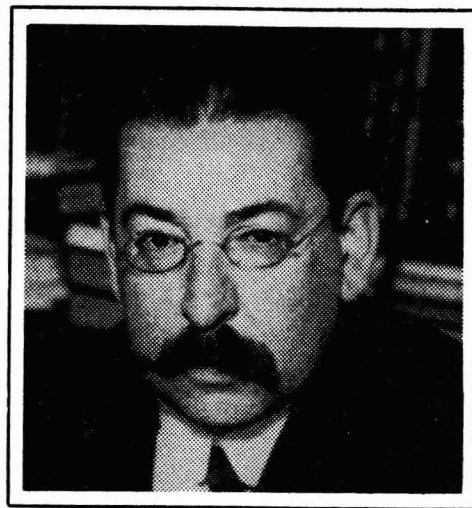
Para ello sin embargo será conveniente comenzar hablando de los orígenes de Rodó. Samuel Ramos y algún otro escritor han hablado de la “aparición brusca” del autor de *Ariel* y de la carencia de una “tradición de cultura que lo explique”, como también de la ausencia “de precursores que anuncien su llegada”.² A pesar de estas afirmaciones, Rodó es el fruto natural de un

clima filosófico desarrollado intensamente en el Río de la Plata a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y en el cual tiene sus raíces. Si en él el positivismo recibió una versión idealista, se debió en gran parte a la vigencia de actitudes mentales que derivaban del espiritualismo ecléctico y del liberalismo romántico, ambos claramente visibles en sus escritos.³ Real de Azúa justamente ha recalcado la presencia de autores como Víctor Hugo, Quinet, Michelet y Zola, típicos expositores del liberalismo romántico, en aquellos años⁴ y Max Henríquez Ureña y otros, han hablado de la posición ecléctica de Rodó, muy visible por otra parte tanto en sus escritos de índole política como literaria.⁵

La filosofía de Rodó es una típica filosofía de transición que anuncia desde un positivismo que le es contemporáneo y que se encuentra asumido en ella, el paso hacia el idealismo; consecuente con sus raíces se encamina a aquella forma última del eclecticismo francés, tal como lo conformaron Fouillée y Guyau dentro de su “positivismo espiritualista”. En sus líneas generales se trata de un vasto movimiento común por lo menos a dos amplias líneas de desarrollo del pensamiento de la época: el de los liberales que provenían del krausismo, tendencia esta con la cual también Rodó muestra afinidades y el de los pensadores derivados del racionalismo ecléctico. En Buenos Aires quienes representaron estas tendencias, contemporáneamente a Rodó, fueron Wenceslao Escalante y Rodolfo Rivarola.⁶ La voz potente del escritor uruguayo, que se extendió muy pronto por encima de las fronteras a toda Latinoamérica, venía pues a dar impulso y fuerza al propio clima dentro del cual había nacido y a explicar su presencia viva en todo el Río de la Plata. No se equivocaba por tanto Juan Ramón Jiménez cuando decía que en esa época “la vida intelectual de ambos países [Uruguay y Argentina] se compenetra” y que “Rodó influye en Argentina”.⁷ No podía ser de otra manera.

Corroboramos ampliamente lo dicho la presencia permanente de Rodó en publicaciones periódicas argentinas. En 1896 apareció posiblemente la primera colaboración del escritor uruguayo en *La Revista Literaria*. Se trataba de una importante carta a Manuel Ugarte titulada “Por la unidad de América”; en 1897 el *Almanaque Sudamericano* dio a conocer su famoso estudio sobre Juan María Gutiérrez, con lo que Rodó se incorporó a la crítica literaria argentina con los más altos títulos; el 98, colabora en *El Mercurio de América*, representativo documento del modernismo; al año siguiente aparece su primera colaboración en el diario *La Nación* y en 1900 anticipa en las primeras columnas del mismo órgano publicitario, páginas de su *Ariel*; su primera colaboración en la difundida revista *Caras y Caretas* salió a la luz en 1906; el mismo diario *La Nación* lo nombra corresponsal en el Uruguay a partir de 1897, año que marca el comienzo de una serie de colaboraciones asiduas; la revista *Nosotros* lo contó entre sus escritores ya desde 1909; publica en *La Mañana* (1911-1912), en *Arte y Crítica*





(1912), en *La Nota* (1914), en el diario *La Prensa* (1915); en 1916, con motivo de su viaje a Europa, *Caras y Caretas* lo nombra su corresponsal viajero y ha sido en las páginas de esta revista y en las de *Plus Ultra*, de la misma editorial, que publicó sus últimos trabajos, aquellos que integran su hermoso libro *El camino de Paros*.

También corroboran la influencia de Rodó sobre la vida intelectual argentina, sus relaciones personales con los principales cenáculos literarios de la época y muy particularmente con aquellos dentro de los cuales maduró el importante movimiento modernista. En este sentido, nada más revelador que la amistad con Rubén Darío, quien desde Buenos Aires había alcanzado la cumbre de la renovación literaria continental. Bien sabemos que Rodó se consideró integrado y consustanciado con la obra de Darío y bien sabemos además, el imperio que el poeta ejerció en Buenos Aires. Desde esta amistad literaria fácilmente se podría explicar el interés por la figura de Rodó en todos aquellos que junto con el nicaragüense dieron forma al valioso movimiento modernista. Darío había dicho de Rodó que era “el pensador de nuestros tiempos”⁸; si *Ariel* era respecto del arielismo, lo mismo que *Azul* respecto del modernismo, en *Prosas profanas*, aparecido en 1895, se había ya producido la conjunción de los maestros de ambas

tendencias. “De mis conversaciones con el poeta —decía Rodó en su importante estudio sobre Darío— he obtenido la confirmación de que su pensamiento está mucho más fielmente en mí que en casi todos los que le invocan por credo a cada paso.”⁹ En verdad, como lo ha observado con acierto Gonzalo Zaldumbide, ambos maestros se complementan y esa conjunción —que en alguna medida simbolizaba la unión literaria de la Argentina y el Uruguay— “señala el punto culminante de la nueva era, el más brillante de la cultura literaria de esos países”.¹⁰

La coincidencia con Darío no era puramente formal. Lo que Rodó encontraba en él era casi una total comunión de ideas, de pensamiento. El modernismo en Buenos Aires, y dentro de él el mensaje del arielismo que se le aparecía sumado, no influyó solamente en quienes querían hacer literatura dentro de las nuevas tendencias, sino que también lo hizo sobre el fuerte movimiento positivista. De esta manera, directa o indirectamente, se puede hablar de una influencia del clima idealista en la ética de José Ingenieros, como más tarde en sus ideas sobre el destino de América; así como hay un cierto idealismo en Paul Groussac y también en Carlos Octavio Bunge, que bien podrían ser mirados como antecedentes en algún sentido del pensamiento de Rodó en el Río de la Plata. Conocida es por otra parte la íntima amistad que unió a Darío e Ingenieros, fundadores ambos de un club literario, “La Syringa”, como también la estrecha unión juvenil de Ingenieros y Lugones, redactores a fines de siglo de *La Montaña*, periódico anarquista muy modernista a la vez. La época, en verdad, se da entrecruzada de influencias.

Sigamos por ahora el desarrollo del idealismo. No cabe duda que el más elocuente difusor y por su fuerza y resonancia el primero en el Río de la Plata, ha sido Rodó. Es importante tener en cuenta además que este idealismo, como postura general frente al positivismo, muestra diversas fases, visibles algunas de ellas en los mismos escritos del pensador uruguayo. Por de pronto en Rodó se nota, como lo ha mostrado Emir Rodríguez Monegal, un paso de un primer momento marcadamente esteticista, hacia otro en el que el tema de lo americano va dándole un contenido diverso en función de la actitud de compromiso que traía necesariamente consigo.¹¹ Mas el idealismo de Rodó, a pesar de un cierto espíritu dialéctico que impera en casi todos sus planteos, no deja de ser una doctrina de muy escaso desarrollo teórico y se queda en el nivel de un “idealismo empirista” tal como le ha llamado Ardao.¹² Otro aspecto del idealismo de Rodó radica en su carencia de sentido social, en relación muy estrecha con aquel esteticismo originario y un cierto desdén, moderado en el maestro, por lo que abstractamente se rechaza bajo el rótulo de “multitudes”. De estos dos aspectos habrán de surgir las líneas de desarrollo del “idealismo” del 900 en el Río de la Plata. Dentro del positivismo, José Ingenieros intentará dar al idealismo un abierto sentido social,





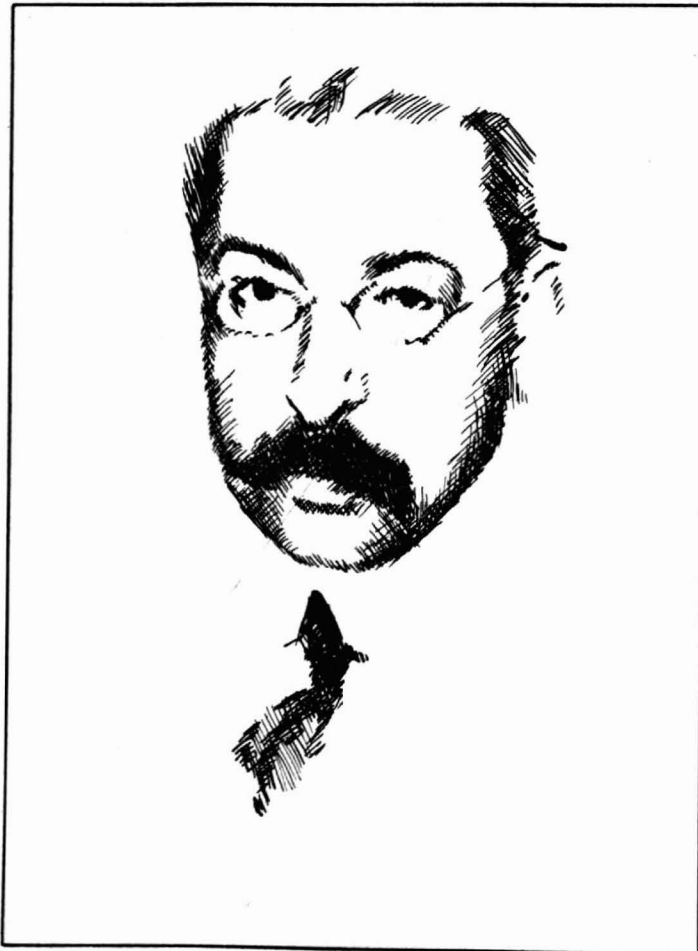
haciendo del juvenilismo una de las palancas motoras del quehacer político de izquierda; a su vez, dentro del antipositivismo, se organiza el movimiento "novecentista", cuyo carácter principal radica sobre todo en una exigencia de rigor filosófico que habrá de llevar desde el primitivo idealismo vago y hasta un tanto declamatorio, hacia un idealismo gnoseológico de tipo neokantiano. En Rodó el idealismo era doctrina que a pesar de la revaloración de la libertad interior y de un cierto contingentismo, no se presentaba en pugna con el positivismo, era, más bien, un "positivismo espiritualista"; en Ingenieros, el idealismo, en cuanto ética de ideales, quedará estrictamente fundado en un naturalismo biológico; en los novecentistas se parte de una abierta ruptura con el positivismo y en general con todo naturalismo, apoyándose en un primer momento en Bergson, al cual se había aproximado también Rodó en sus escritos posteriores al *Ariel*.

El novecentismo tuvo su aparición en 1917, el mismo año de la muerte de Rodó. En Montevideo, Vaz Ferreira en su Cátedra de Conferencias habló ese año de esa tendencia filosófica;¹³ en Buenos Aires para esa misma fecha, se organizó el "Colegio Novecentista" y al año siguiente se fundó un Colegio similar en La Plata. Si bien el novecentista al parecer recibió su nombre por obra del filósofo catalán Eugenio D'Ors, quien influyó de modo amplio

en los novecentistas rioplatenses, lo cierto es que estas agrupaciones se encontraban dentro de la tradición idealista y modernista derivada de Rodó y Darío. Salazar Bondy dice que el novecentismo en el Perú no fue propiamente una filosofía sino más bien "un estado de ánimo";¹⁴ exactamente lo mismo dijo José Gabriel en su discurso de fundación del "Colegio Novecentista" de Buenos Aires: "novecentismo no es nombre de ningún sistema filosófico... es nombre de nuestra actitud mental".¹⁵ Otro tanto podría decirse, en verdad, del arielismo de Rodó bajo cuya advocación se colocaron abiertamente los novecentistas de La Plata, en 1919.¹⁶ Mas bien pronto estos novecentistas dejaron de citar a Guyau y Emerson y el novecentismo avanzó, sobre todo por obra de Coriolano Alberini, integrado posteriormente al Colegio de Buenos Aires, hacia una filosofía que no podía ser considerada ya como transición, sino más bien como el pensamiento de una nueva etapa del pensar en el Río de la Plata.

El límite histórico del idealismo del 900, movimiento que se desarrolló de modo contemporáneo al positivismo, está dado por el año 1930. Había tenido ciertamente un rudo golpe ya antes como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. En aquella fecha, 1930, el espíritu aristocratizante y abiertamente antidemocrático en el que habían concluido muchos de los modernistas, entre ellos Lugones por ejemplo, se instaura en la Argentina con la primera dictadura militar. De este modo el "idealismo" y con él el arielismo, se convierten en la ideología del militarismo de la época. En Argentina el idealismo del 900 no fue arma de lucha contra la dictadura y la oligarquía, como es el caso de los grupos mexicanos que combatieron el régimen de Porfirio Díaz, sino que fue instrumento de la dictadura misma. Distinta suerte sin duda que explica el por qué el positivismo argentino ha tenido un signo distinto del mexicano. Un caso muy interesante es sin duda el de José Ingenieros de quien debemos volver a hablar necesariamente. Este, que en momentos de máxima adhesión al determinismo biológico había caído en un racismo y en un imperialismo repudiables, avanzó más tarde —y la presencia de José Vasconcelos en Buenos Aires en 1922 marca tal vez el momento de arranque de su nueva actitud— hacia una visión americanista y antimperialista. Con ello Ingenieros se colocaba en lo más sano e importante del mensaje de *Ariel*. La historia intelectual de Alberto Ghirardo y de Manuel Ugarte, no hecha todavía y sistemáticamente soslayada, muestra lo fecundo de este giro dado por Ingenieros en sus últimos años, como también aspectos positivos de importantes miembros del movimiento modernista argentino, conectados con el positivismo.

Todos ellos, de una u otra manera, siguieron los términos ardorosos con los que Rodó hablaba justamente a Ugarte, en carta de 1896 y que apareció en la *Revista Literaria* de Buenos Aires. El maestro uruguayo instaba a "lograr que acabe el actual descono-



cimiento de América por América misma"; "hacer que se fortifiquen —decía— los lazos de confraternidad que una incuria culpable ha vuelto débiles, hasta conducirnos a un aislamiento que es un absurdo y un delito"; para lograr estos altos ideales les recordaba a los argentinos la pujanza de Buenos Aires como centro intelectual en el Continente, como también que el más preclaro antecesor de esta pasión americanista en el terreno de las letras había sido nativo de esa misma ciudad: "El más eficaz y poderoso esfuerzo literario consagrado hasta hoy a la unificación de los pueblos del Nuevo Mundo partió de tierra argentina y está representado por los trabajos de investigación, de divulgación, de propaganda, con que la incansable y fervorosa actividad de Juan María Gutiérrez tendió a formar de todas las literaturas de América, una literatura. . ."¹⁷ Rodó veía con ojo perspicaz, sin duda alguna, uno de los pecados nuestros, el de la mentalidad que ha llevado a tantos a vivir de espaldas de la realidad americana, encandilados por modelos extranjeros.

Rodó fue pues un agudo observador de los males propios del Río de la Plata. Tanto el Uruguay como la Argentina se convirtieron en pocos años en tierra de inmigrantes que en forma masiva abandonaban sus países donde dejaban tradiciones y recuerdos. Una población nueva, informe, desarraigada, que amenazaba con la

ruptura de las propias tradiciones americanas, inquietaba los ánimos de todos los intelectuales que no habrían renunciado a su misión educadora. El "aluvión cosmopolita" como le llamó el mismo Rodó, amenazaba escindir el Río de la Plata del resto del Continente, dando mayor fuerza al proceso de balcanización de América Latina. Un imperialismo, el norteamericano, se presentaba ya con la pretensión de destruir el viejo magisterio europeo. La tarea de los nuevos países era sin duda ardua. Se trataba de superar toda actitud imitativa, cualquiera fuera el modelo, y de reencontrar en los propios cauces la fuerza dialéctica desde la cual asumir lo extraño para que América no perdiera su perfil propio. El llamado de Rodó venía de este modo a repetir, como ya lo hemos visto, la invocación en favor de un americanismo literario de Juan María Gutiérrez y también de una filosofía americana, casi en los mismos términos en que lo había hecho Juan Bautista Alberdi. Con esto, una vez más se aparece Rodó unido entrañablemente a las más nobles tradiciones intelectuales argentinas.

Notas

1 Alberto Gerchunoff: "El aspecto argentino de Rodó", en *Nosotros*, Buenos Aires, tomo 26, núm. 97, mayo de 1917, p. 91.

2 Rodó. *Prólogo y Selección de Samuel Ramos*. México, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1943, "Prólogo", p. VII.

3 Arturo Andrés Roig: "El espiritualismo de la segunda mitad del siglo XIX", en *Anuario Latino América*. México, Centro de Estudios Latinoamericanos, núm. 1, 1968, pp. 49-68.

4 Carlos Real de Azúa: "Ambiente espiritual del novecientos", *Revista Número*. Montevideo, Año 2, núm. 6-7-8, enero-junio de 1950, pp. 26-27.

5 Max Henríquez Ureña: "José Enrique Rodó", en *Rodó y sus críticos*. París-Buenos Aires, Agencia General de Librería, [1920], pp. 204-211.

6 Arturo Andrés Roig: *Los krausistas argentinos*. Puebla, Editorial Cajica, 1969.

7 Juan Ramón Jiménez: *El Modernismo. Notas de un curso (1955)*. Madrid-México-Buenos Aires, Editorial Aguilar, 1962, p. 86.

8 Rubén Darío. En *Rodó y sus críticos*, edición citada, pp. 104-105.

9 José Enrique Rodó: *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1967, p. 191.

10 Gonzalo Zaldumbide: En *Rodó y sus críticos*, edición citada, p. 283.

11 Emir Rodríguez Monegal: "Introducción General" a las *Obras completas*, citadas, de Rodó, p. 96.

12 Arturo Ardao, Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico. Montevideo, Número, 1951, p. 213.

13 Carlos Vaz Ferreira: *Obras completas*. Montevideo, Edición de la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, tomo XIII, p. 63.

14 Augusto Salazar Bondy: *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*, Eima, Francisco Moncloa, editores, 1967, tomo I, p. 192.

15 José Gabriel: *La educación filosófica*. Buenos Aires, Imprenta Araujo Hnos., 1921, p. 92.

16 Luis Alberto Sánchez: *¿Tuvimos maestros en nuestra América? Balance y liquidación del novecientos*. Buenos Aires, 1942, p. 162.

17 José Enrique Rodó: "Por la unidad de América", en *Obras completas*, edición citada, pp. 831-832.

